

“MATAR AL SOL”

Cutberto López

“... diciendoles por nuestras señas que no les queríamos hazer ningun daño, ni otra cosa, sino buscar agua; quanto mas los asegurábamos, tanto mas ellos se ensoberbecían, y viendo que ningunas señas ni buena razón, aprovechaba asegurarlos, saltamos en tierra contra su voluntad, lo qual se hizo; viendo los yndios que ibamos a tomar la tierra se aperciben de muchas piedras e palos grandes...”

Tomado del libro “**Francisco de Ulloa: explorador de ilusiones**” de Julio César Montané Martí.

Personajes: Mirta, Ángel,

Don Ricardo, Castillejo, Ser.

Noche. Campo. Calor. Tal vez una tenue luz que viene de una vieja batería que alimenta un foco.

Noche. Sierra. Calor. No hay viento. Una mujer. Más de cincuenta, seguro.

En alguna parte hay un hoyo, el inicio de lo que será un pozo. De él sale tierra. Alguien trabaja dentro. Es Ángel.

Muy simple: Una noche, en la sierra, Ángel cava un pozo mientras Mirta lo observa, como observa todo.

Mirta.- Oye Ángel, ¿será la misma tierra sobre la que caminó mi Tata? ¿La tierra se muere? A lo mejor cuando estamos dormidos o descuidados va naciendo nueva tierra y no nos damos cuenta. Así como hay ojos de agua, ¿habrá ojos de tierra? Oye, Ángel, y si mañana nos levantamos y así, sin cambiarnos, con la misma ropa, nomás nos levantamos y salimos de la casa y la cerramos. No, mejor no,

dejamos la puerta abierta. Bueno, como tu quieras. Y caminamos y caminamos sin voltear pa' atrás. Caminamos mucho, hasta llegar a un bosque, uno de esos que viven en los almanaques y nos metemos en él, y nos sentamos a esperar la muerte.

Ángel.- *(Asoma la cabeza.)* ¿Qué dices?

Mirta.- Nada. Tonterías. Cantaba.

Ángel.- Ya estás con tus loqueras.

Mirta.- ¿Y si no hay?

Ángel.- La vara no se equivoca. Con esa vara se han encontrado los mejores mantos.

Mirta.- Lo sé. Pero para qué quieres agua. Ya estamos viejos pa' eso. Mejor vámonos al otro lado. Los hijos se van a olvidar de nosotros.

Ángel.- Para eso somos sus padres. Ellos tienen que olvidarse de uno. Además, no voy a dejar que se mueran los animalitos.

Mirta.- Ay Ángel, ya no hay vaquitas. Cuando salimos a buscarlas nomás encontramos sus huesitos blancos entre las chollas.

Ángel.- Todavía hay algunas, sólo que están muy adentro de la sierra. Por las noches, cuando me voy a dormir, nomás me acuesto en el catre y cierro los ojos, oigo sus mugidos. Tienen mucha sed las pobres.

Mirta.- Yo también. Mis ojos quieren ver otras caras. Quiero oler a mis nietos, chuparles sus manitas. Quiero quitarle sus caquitas y darles una nalgada, pellizcarles la pancita. ¡Vámonos Ángel, vámonos! *(Ángel sólo la observa. Vuelve a bajar al pozo y de éste empieza de nuevo a salir tierra.)* A veces me da miedo que te me pierdas en ese hoyo. Que aproveches una grieta y te me escapes. ¿Y si estás cavando una tumba? Nosotros somos de aquí, de arriba, de la tierra. Cuando

veo caer las paladas siento que me duele aquí dentro del pecho. Es ese dolor que da, es como si dentro tuviera una sandía que de pronto cae al suelo y se parte. Casi oigo un golpe seco dentro de mi pecho. Cada palada que das sin encontrar agua es como si te gastaras un minuto de tu vida. Ay Ángel, y nos quedan tan pocas horas. Están contadas.

Pasa un tiempo y Ángel sale del pozo. Se queda mirando hacia adentro.

Mirta.- ¿Y ahora? ¿Ya te cansaste?

Ángel.- No, solo que...

Mirta.- ¿Qué?

Ángel.- Encajé la pala y sentí algo raro. Pensé que ahí estaba el manto y tenté la tierra y está igual de seca. Volví a encajar la pala y lo mismo.

Mirta.- Es hora de ir a dormir. Ya no estás para estas faenas. Son muchos días.

Ángel.- Al rato me voy.

Mirta.- ¿Y si dejas todo? Esta tierra siempre ha sido así. No puedes hacer nada.

Ángel.- ¿Ya vas a empezar otra vez?

Mirta.- Si. Voy a empezar muchas veces.

Ángel.- No ves que no voy a cambiar. Me críe aquí, montando en bestias y caminando estos montes. Soy igual de terco que ellas.

Mirta.- Ay Ángel, a veces me dan ganas de pedirle a Dios que mande otro diluvio para que todo el ejido se llene de agua, y que puedas volver a sonreír cuando tengas otra vez tus animalitos.

Ángel.- Dios tiene cosas más importantes que hacer. Al hombre lo que es del hombre y a Dios lo que es de Dios. *(Entra al pozo.)*

Mirta.- *(Al pozo.)* No seas cabrón. No lo hagas sufrir. No le des esperanzas. Ponle una piedra en el camino. Déjalo en paz. Ya me lo quiero llevar con sus hijos. Ángel... Ángel, ¿quieres que te ayude? Ay hombre, como eres de necio. Ya vas muy adentro y nada. No hay agua, hombre. No ves que ni árboles quedan. Ellos también se están yendo. Un día los ves y al día siguiente están más al norte. Los sahuaros también se van pa'l otro lado. Dicen que allá nunca falta el agua. Ya ves, los hijos tienen una pila en el patio de su casa. Ángel, Ángel, sal a descansar un rato hombre.

Mirta se levanta y se acerca al pozo. Ángel asoma la cabeza.

Ángel.- Hasta ahí.

Mirta.- No seas tan creído.

Ángel.- Esto es cosa de hombres.

Mirta.- ¿Quién dice eso?

Ángel.- Todos. Si te acercas mucho nunca nos va a dar agua.

Mirta.- Esos son inventos. Sal de una buena vez y ven a tomar algo fresco. *(Ángel sale del pozo.)* Mira nada más como estás. Pareces otro. Capaz que ya hasta traes tierra en la sangre.

Ángel.- Cuando le ayudé a mi apá a hacer el pozo del potrero, mientras más escarbábamos, la tierra era más húmeda. Aquí no. Siempre es la misma sequedad. Y cada vez más calor. Cada palada me cuesta más y pienso que esa va a ser la última, pero no, hay como un imán que me jala y sigo escarbando.

Mirta.- Aún tienes ese carácter.

Ángel.- Ya vas otra vez.

Mirta.- ¿Te acuerdas?

Ángel.- No.

Mirta.- Claro que te acuerdas. Desde chamaco fuiste muy terco. Me gustaba verte pelear con la tierra. ¡Sólo a ti se te ocurrió sembrar un manzano!

Ángel.- Nunca dio frutos.

Mirta.- Pero creció. Era muy divertido ver un manzano en medio de tantos árboles descoloridos.

Ángel.- Lástima que se secó.

Mirta.- Y como lloraste. Los ojos se te pusieron rojos. Parecías un diablito. Nomás te faltaban los cuernos y la cola.

Ángel.- Es que me imaginaba que se me había muerto un hijo.

Mirta.- Y cuando tu papá quiso usarlo como leña saliste corriendo con tu manzano en los brazos.

Ángel.- Cuando el pozo empiece a regalarnos agua, vamos a hacer un huerto. Es más, voy a sembrar otro manzano.

Mirta.- No va a dar frutos. El manzano es de tierras frías. Acá hace mucho calor. Cada vez va a hacer más.

Ángel.- Mirta, son los años. Nuestra piel ya tiene muchas grietas y por ahí se cuele.

Mirta.- Pues hay que ir a con los nietos antes de que se nos meta más adentro y nos hierva el poco tiempo que nos queda.

Ángel.- Otra vez la burra al trigo.

Mirta.- Pues sí, y voy a estar muele y muele hasta que logre sacarte de este agujero.

Ángel.- Tu no amas esta tierra. Hace mucho que no estás aquí.

Mirta.- Y entonces quien soy. ¿Quién es la que te hace el lonche? ¿O sea que me morí y no me he dado cuenta? ¡Ahora resulta que soy una fantasma!

Ángel.- No seas sencilla mujer. Hace mucho que no te veo sonreír. Sólo lo haces cuando hablas de tus hijos y tus nietos.

Mirta.- ¿O sea que si no sonrío soy un ánima? Y claro, como me la llevo suspirando por ellos, vas a decir que soy la Llorona.

Ángel.- Ya vas a empezar con tus sentimientos, y eso que todavía no hay luna llena.

Mirta.- Fantasma y lunática, ¿qué más?

Ángel.- Vamos mujer, no es pa' tanto.

Mirta.- La tierra te secó la sangre.

Ángel.- Ya mujer, ya estamos viejos pa' andar peleando.

Mirta.- Eso es lo que digo, ¿por qué te peleas con ese pozo? Aquí ya se acabó todo. Los que no se murieron, se fueron. Ya, deja esa pala en paz. La tierra está enojada.

Ángel.- No. El agua está ahí. Juega a las escondidas. En el fondo quiere que la encuentre. Un día voy a clavar el pico y va a brotar el agua. Entonces todo va a ser diferente. Vamos a tener pastizales y las vacas se van a poner gordas. La leche va a ser grasosa y en el cuajo se van a formar unos buenos quesos.

Ángel se mete de nuevo al pozo y continúa con su labor cansada de sacar tierra.

Mirta.- Eres una mula, un burro... Y tus hijos que no pueden venir por ti. Deberían venir y llevarte amarrado. Pero no, ellos están allá. Tan cerca y tan lejos.

Ángel.- *(Se asoma.)* ¿Qué dices?

Mirta.- Canto. Estoy cantando. ¿No puedo hacer eso? ¿Qué otra me queda? No me dejas ni ayudarte.

Ángel.- No sé a qué vienes pa'ca. Quédate en la casa.

Mirta.- ¿A qué? ¿Qué voy a hacer sola? Me voy a volver loca.

Ángel.- Hasta eso. (*Entra de nuevo al pozo.*)

Mirta.- Lo que tengo que aguantar. Ángel, por lo menos déjame ayudarte. (*Se acerca.*)

Ángel.- (*Se asoma de nuevo.*) ¡No! Si lo ves nunca va a salir agua.

Mirta.- Esos son inventos.

Ángel.- Al hombre lo que es del hombre y a la mujer lo que es de las mujeres.

Mirta.- Está bien, ya me voy. Allá te espero. Mucho cuidado, no te vayas a ahogar.

Sale. Ángel sigue cavando y sacando tierra. La monotonía de esa acción repetitiva y rítmica se interrumpe. Ángel sale del pozo. Trae un sombrero en la mano. Lo sacude. Lo observa. Se asoma de nuevo al pozo y sale.

obra protegida por INDAUTOR

Otro día. Mismo lugar. Ahora se ve más tierra al lado del pozo que ya tiene un soporte para sacar con un balde la tierra del fondo. Mirta sentada. Se advierte por los ruidos que provienen del pozo que Ángel trabaja en él.

Mirta.- Estás seco. Las mujeres sabemos cuando hay agua. Mi pelo comienza a moverse cuando el agua está cerca. Le gusta estar mojado. Y contigo no se mueve. Más que un pozo pareces un camino al infierno. Cualquiera rato vas a vomitar un demonio que nos va a comer. A veces me das celos. Ángel está emperrado contigo. Pero no me lo vas a quitar. Pronto se le va a escapar su última fuerza y entonces me lo voy a llevar. Los viejos merecemos un poco de paz antes de morir. ¿Me oyes?

Ángel.- (*Sale del pozo.*) ¿Qué haces?

Mirta.- Canto.

Ángel.- ¿Qué canción?

Mirta.- “Un viejo amor”.

Ángel.- Es una canción muy triste.

Mirta.- Así me siento.

Ángel.- Está bien. Tu ganas.

Mirta.- ¿Qué?

Ángel.- Ya no hay remedio. Aquí no hay agua. Pero no me voy a ir contigo.

Mirta.- ¿Entonces?

Ángel.- Voy a sacar el treinta treinta y me voy a sentar a esperar a que pase una nube.
Una de esas nubes negras que nomás pasan por arriba sin dejar caer el agua.

La voy a agujerar a balazos para que llueva.

Mirta.- Ay, Ángel.

Ángel.- De alguna forma vamos a volver a tener agua.

Mirta.- Nunca hemos tenido. Toda la vida ha sido lo mismo. Mira, tienta mi piel. Tienta.
Parece piel de cascabel. Seca. Con escamas.

Ángel.- Tu piel es muy suave. Parece algodón.

Mirta.- Huy, qué galán.

Ángel.- En serio. Eso es lo que me tiene a tu lado. El sabor de tu piel me hace feliz.

Mirta.- ¿Aún así? ¿Con esta piel que parece un camino de terracería abandonado?

Ángel.- No digas eso. Tu piel es sabrosa y jugosa como la pitahaya.

Mirta.- Y estos pelos de seguro son las espinas.

Ángel.- Cómo eres de ocurrente mujer. Sabes, a veces me pongo a pensar que hubiera
pasado si no fueras mi esposa

Mirta.- Pues te hubieras casado con la Rosa Elvira. De seguro vivirías en el otro lado.

Con ella si te hubieras ido.

Ángel.- **Mirta**, ¿a qué viene eso? La Rosa Elvira dices.

Mirta.- Estabas loquito por ella.

Ángel.- No inventes mujer. La Rosa Elvira fue algo pasajero. Ella nunca me importó.

Mirta.- ¿Y las serenatas que le llevabas? ¿Y cuándo la esperabas en el pueblo a que saliera de misa? ¿Y cuando jugabas carreras en el caballo para que ella te viera?

Ángel.- ¿Y el Víctor? ¿Qué me dices de él?

Mirta.- Era un amigo. Todo un caballero.

Ángel.- Si te lo hubiera pedido bien que te hubieras casado con él.

Mirta.- Tal vez.

Ángel.- No sé para que me casé contigo. Te hubiera dejado solterona. Solterona y loca, bien bonita que te ibas a ver.

Don Ricardo.- (*Que ha estado observando desde el pozo.*) A una dama no se le ofende.

Ángel.- ¡Ah cabrón!

Don Ricardo.- (*Sale.*) Las damas siempre tienen la razón. Los caballeros sabemos cuando pedir disculpas.

Mirta.- ¿Quién es?

Ángel.- Que sé yo.

Don Ricardo.- Si usted no lo hace, permítame hacerlo yo. En nombre del caballero le solicito disculpas. A veces los hombres no sabemos expresarnos bien. Ha de ser el calor. (*Pausa. Don Ricardo espera una respuesta.*)

Mirta.- Pues bien... lo disculpo.

Don Ricardo.- Gracias. Con su venia, tengo que seguir trabajando. (Vuelve a bajar.)

Ángel.- ¿Quién es?

Mirta.- No sé.

Ángel.- Está en mi pozo.

Mirta.- Eso parece.

Ángel.- (*Se asoma.*) Ahí está. ¡Va a salir!

Don Ricardo.- (*Sale.*) Ustedes disculpen, pero, ¿quiénes son ustedes?

Ángel.- Lo mismo queremos saber nosotros.

Don Ricardo.- Ricardo Pavlovich para servirles, ¿y ustedes?

Ángel.- ¿Qué hace?

Don Ricardo.- ¿Perdón?

Ángel.- Que si qué hace en mi pozo.

Don Ricardo.- No quiero ser grosero, pero estas son mis tierras.

Ángel.- Está usted bien loco.

Mirta.- **Ángel**, el señor es muy educado. No tienes por qué ofenderlo.

Don Ricardo.- Gracias. Es usted una dama encantadora. ¿Me permite ofrecerle mis respetos?

Mirta.- ¡Ehh! Sí.

Don Ricardo se acerca y le da un beso en la mano.

Ángel.- Aparte de mis tierras se quiere quedar con mi esposa.

Don Ricardo.- No es esa mi intención. Pero si mi presencia le molesta me regreso a buscar agua.

Ángel.- Un momento, ese es mi pozo y estas son mis tierras. Mire, allá esta el Cerro Colorado y de este lado...

Don Ricardo.- La Cañada del Venado, al sur el Arroyo Cobrizo...

Ángel.- Y al norte el Sahuaral. Estos son los linderos del Ejido Luis Echeverría.

Don Ricardo.- ¿El qué?

Ángel.- ¿Qué?

Don Ricardo.- Eso, el qué y luego un nombre.

Mirta.- El Ejido Luis Echeverría.

Don Ricardo.- ¿Qué es eso?

Mirta.- No le entiendo.

Don Ricardo.- Eso, esa palabra.

Mirta.- ¿Ejido?

Don Ricardo.- Sí.

Mirta.- ¿No sabe lo que es un ejido?

Ángel.- Ya no le des explicaciones. Solo quiere ganar tiempo.

Don Ricardo.- Es que no sé. Aquí pasa algo extraño. Usted... ¡Usted!

Ángel.- ¿Sí?

Don Ricardo.- Usted trae mi sombrero. ¿Acaso son ustedes unos ladrones?

Ángel.- Ahora resulta. Mire señor, este sombrero lo encontré en mi pozo, que está en mi ejido.

Don Ricardo.- ¡No! Estas son mis tierras y allá a lo lejos se ve... Se ve.. Allá está mi hacienda. Pero, no... ¿Dónde está?

Ángel.- Ya ve, está errado.

Don Ricardo.- Se supone que a un lado del represo... ¿Qué pasa? ¿Qué hicieron con mi hacienda? ¿Y mi mujer? ¿Y los míos? ¿Dónde están? ¿Dónde estoy?

Ángel.- Ya estuvo bueno de...

Mirta.- Ángel, no ves que sufre.

Don Ricardo voltea a verlos. Los observa. Cierra los ojos y comienza a orar.

Don Ricardo.- Jesucristo bendito ven en mi auxilio. Socorre a tu humilde servidor y retira de mi presencia e estos enviados del maligno. Te suplico que con tu poder infinito me protejas y ordena que todo vuelva a ser como antes. Que tu piedad me cubra y que tu bondad me cobije. Jesucristo bendito retira a estos seres de mi presencia...

Ángel.- ¿Qué hace?

Mirta.- Reza.

Ángel.- ¿Para qué?

Mirta.- La oración es un asunto privado.

Don Ricardo.- Que tu poder se manifieste en un rayo fulminante que desaparezca este terrible espejismo. Jesucristo misericordioso, ven y ayuda este mortal hombre que solo desea encontrar el vital líquido para que las tierras puedan dar el pan que alguna vez compartiste con tus discípulos. Si esta aparición es una prueba, la acepto, pero si es obra del Ángel caído, ayúdame. Que tu poder se manifieste, que tu bondad me cobije... (*Don Ricardo abre los ojos y ve de nueva cuenta a Mirta y Ángel.*) ¿Siguen aquí?

Ángel.- Si ya terminó, puede irse.

Don Ricardo.- Ustedes no existen... ¡Fue el calor! Todo es culpa del calor.

Ángel.- Sí, eso es. Se le quemaron los sesos y lo confunde todo.

Mirta.- ¿Quiere un poco de agua?

Don Ricardo.- Quisiera aceptarla pero usted no existe. Todo esto no existe. En realidad yo estoy abajo cavando un pozo. Pronto voy a encontrar agua. Con permiso.

(Baja.)

Mirta.- Es un hombre gracioso.

Ángel.- Es un loco.

Mirta.- Pero educado.

Ángel.- ¡Ya sé! Es un ilegal que se perdió buscando llegar a los Estados Unidos.

Mirta.- No parece de esos. Esos son más humildes.

Ángel.- No solo la gente humilde se va pa'l otro lado. Dicen que maestros, médicos, hasta ingenieros, dicen que todos se van.

Mirta.- ¿Viste como está vestido?

Ángel.- Yo no me fijo en esas cosas. Y tampoco tu deberías de hacerlo. Ya eres una mujer casada.

Mirta.- Ya vas a empezar con tus simpleras. ¿Y ahora, qué vamos a hacer?

Ángel va a donde está el pozo.

Ángel.- Hey, oiga, salga de ahí. ¡Que salga le digo!

La cuerda que está amarrada a la polea se mueve como dando señales.

Mirta.- Te habla.

Ángel.- Ni modo que me ponga a ayudarle.

Mirta.- Entonces, ¿qué vas a hacer?

Ángel.- Voy a ir por mi treinta treinta, a ver si así no me hace caso.

Mirta.- Pero Ángel...

Ángel sale de prisa. La cuerda se sigue moviendo. Mirta se acerca al pozo y comienza a ayudar a sacar tierra. Pasa un rato de trabajo y Don Ricardo sale. Busca algo a lo lejos con la mirada. Se desespera. Mirta solo observa. Don Ricardo la ve. Busca a Ángel. Se acerca a Mirta, parece que va a hablarle pero solo la observa detenidamente. Inicia su retorno al pozo.

Mirta.- Es mejor que se vaya. Ángel fue por su rifle.

Don Ricardo.- ¿Para qué?

Mirta.- El es un buen hombre pero está desesperado. Lo conozco bien. Ya no sonrío.

Sufre. Cuando camina por el ejido y se va encontrando con las vacas muertas sus ojitos se humedecen. No llora delante de mí, pero sé que llora. A veces, mientras duerme, habla y me cuenta de una gran laguna rodeada de una mancha grande de sembradíos, de frijol, de maíz, de algodón, de sandías...

Don Ricardo.- Ese es mi sueño. Me robó mis tierras, mis sueños y mi sombrero.

Mirta.- ¿De verdad usted cree que estas tierras son suyas?

Don Ricardo.- Creo que sí. Solo que algo cambió. Es como si...

Mirta.- ¿Sí?

Don Ricardo.- Es como si... Por ejemplo, yo desde aquí miraba todo de otro color. Y luego... mi hacienda. Desde aquí se miraba la parte más alta. Siempre estaba saliendo humo de la chimenea. Allá, mire, allá.

Mirta.- Oiga, hace tiempo por allá había... ¿Serán las ruinas? ¿No serán las ruinas? Hace muchos años había unas ruinas por allá. Nosotros usamos lo poco que quedaba para hacer la casa. Algunas piedras y las vigas.

Don Ricardo.- ¿Hace muchos años?

Mirta.- Muchos.

Don Ricardo.- ¿Y quién vivía ahí?

Mirta.- No sé. Fue mucho antes de que yo naciera. Hay historias. Cuentan que por aquí vivía una familia de mucho dinero. Venían del otro lado del mar. Fue en la época de la gran sequía. Todo se fue muriendo. Había lluvias de fuego. Los pájaros dejaron de volar y los alacranes se enterraron. Todos se fueron de aquí. Todos menos uno. Él no soportaba el dolor de ver todo gris, casi sin color. Un día se metió al monte y nunca volvió.

Don Ricardo.- ¿Quién era ese hombre?

Mirta.- Creo que... Los nombres se me confunden. Es el calor.

Don Ricardo.- ¿Pero, eso fue hace muchos años?

Mirta.- Sí. Eso sí, hace muchos años.

Don Ricardo.- ¿Cómo cuántos?

Mirta.- No sé. No sé muchas cosas.

Don Ricardo observa todo detenidamente. Es un observar doloroso.

Don Ricardo.- Yo soy... ¡yo soy ese hombre!

Mirta.- ¿Cuál?

Don Ricardo.- El que no se quiso ir. Entonces, ¿estoy muerto?

Mirta.- A mi no me parece.

Don Ricardo.- ¿Y los míos? ¿Dónde están los míos? ¿Qué sabe de ellos, de los Pavlovich?

Mirta.- Nunca he oído ese apellido.

Don Ricardo.- Dios misericordioso, tu, tu que lo sabes todo, tu que con tu sabia voluntad mueves el universo, ven y ayúdame, acaba con esta confusión, dime, responde, ¿dónde estoy? ¿Es esto acaso un castigo tuyo? Ilumina y ayuda a

este pobre hombre que no entiende nada... ¡No entiendo! ¡No entiendo nada!
(*Don Ricardo espera una respuesta. Voltea al cielo.*) ¡Allá está! ¡Esa es su
respuesta!

Mirta.- Es un avión.

Don Ricardo.- ¿Avión?

Mirta.- Sí, un avión. Allí cabe mucha gente y van muy rápido de un lugar a otro.

Don Ricardo.- Pero va muy alto.

Mirta.- Huy dicen que hay unos que llegan hasta las estrellas.

Don Ricardo.- ¿Tan lejos?

Mirta.- Sí. Y hay unas carreteras en donde los carros van uno detrás de otros como
hormigas. Cada vez hay más cosas nuevas.

Don Ricardo.- ¿Y qué siembran? ¿Qué comen?

Mirta.- Pues de todo. Dicen que hay unos lugares con unas carpas enormes y que ahí
nacen tomates muy grandes del tamaño de una sandía. A mi no me gusta comer
lo que traen de la ciudad, se me figura que es de plástico.

Don Ricardo.- ¿De qué?

Mirta.- De plástico. Es una cosa como hule. Ahora todo es de plástico. Ahí ponen toda
la comida. La leche, el pan, las sodas...

Don Ricardo.- Y, ¿no hay otros como yo?

Mirta.- No. Que yo sepa. Pero dicen que la medicina está haciendo cosas para que la
gente viva más tiempo. Pero no tanto como usted.

Don Ricardo.- Entonces, ¿por qué yo? ¿Qué me pasó a mi?

Mirta.- Hay cosas que no se pueden explicar. Uno tiene que aceptarlas y ya.

Regresa Ángel. Trae un rifle en la mano.

Ángel.- ¿De quién son estas tierras?

Don Ricardo.- Supongo que ahora son tuyas.

Ángel.- Pues órale, ahuecando el ala. ¡Que se vaya! No es bienvenido aquí.

Don Ricardo.- Señora, gracias por su amabilidad. Señor, mil disculpas por las molestias.

Don Ricardo inicia su salida.

Mirta.- ¿A dónde va?

Don Ricardo.- ¿Hay algún camposanto cerca?

Mirta.- No. Hay que bajar hasta el pueblo.

Ángel.- No se preocupe por el cementerio, si no se va pronto, yo mismo lo mato y lo entierro. Total, aquí nadie lo va a encontrar.

Mirta.- Ángel, hay cosas que no sabes.

Ángel.- Tu no te metas mujer. Esto lo arreglo yo solo.

Don Ricardo.- Déjelo. Es mejor así. Este no es mi tiempo.

Ángel.- Entonces qué, ¿se va o no se va?

Don Ricardo inicia la salida. Se detiene y repentinamente entra el pozo.

Ángel.- ¡Salga! ¡Salga de ahí! ¡Con una chingada, salga!

Mirta.- Déjalo, Ángel. Déjalo.

Ángel.- ¿Cómo déjalo? Si no sale, ¡voy a disparar! ¡Me oye! ¡Salga o disparo!

Mirta.- Pobre, está asustado.

Ángel.- Eso es lo que quiero. Que tiemble como liebre el cabrón. ¡Salga o disparo!

Amenaza y amenaza con disparar hasta que desesperado comienza a disparar al cielo.

Mirta.- ¡Ángel! Ángel. Mi Ángel...

Ángel.- Quiero matar al sol. Ya, que se vaya y que llegue la noche. Quiero que se acabe este día.

Mirta.- Ojalá todo fuera tan fácil.

Pausa.

Ángel.- ¿Qué hace dentro?

Mirta.- Tiene mucho miedo. Salió de repente y vio todo diferente. Tiene razón, estas tierras son de él y tuyas. Pasó algo. El hombre empezó a buscar agua y se le vino el tiempo encima. No me mires con esa cara. El hombre tiene un mundo de años cavando el pozo. Quita esa cara. No está muerto. Y no estoy loca. Dios quiso que así sea y así es. Mira como se viste. Mira, mira, su sombrero. Ahora no hay de estos.

Ángel.- Ay Mirta, tu y tus cosas.

Mirta.- ¿Alguna vez te he mentido?

Don Ricardo sale del pozo.

Don Ricardo.- ¡Dispare!

Mirta.- ¡Por Dios!

Don Ricardo.- ¡Dispare! No tengo nada qué hacer aquí.

Mirta.- No diga eso hombre.

Don Ricardo.- ¡Por favor!

Ángel.- ¡No puedo! ¿En verdad es del pasado?

Don Ricardo.- Creo que sí.

Ángel.- Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

Mirta.- Vámonos, ahora sí. Ángel, ya es tiempo.

Ángel.- ¿Y dejar todo? Irnos así nomás.

Mirta.- ¿Y qué vamos a hacer?

Don Ricardo.- ¿Y si le ayudo a terminar el pozo? Si encontramos agua todo el valle va ser un enorme granero y vamos a ser ricos.

Ángel.- Yo no busco agua para hacer dinero.

Don Ricardo.- Todos los hombres queremos ser ricos.

Ángel.- Yo solo quiero que mis animales no tengan sed... y sembrar un manzano.

Don Ricardo.- Algodón, hay que pintar de blanco todo el valle. Que salgan las mulas con el oro blanco a cuestas. Que lleguen al puerto y que se embarque a otros continentes. Que vengan cientos, miles de indios a trabajar y que todo el campo se llene de pirámides blancas. Hacer una gran pirámide, una muy grande y muy blanca, para subirme a la cúspide y llegar hasta Dios y preguntarle por qué me hizo esto. Por qué me tiene en un tiempo que no es mi tiempo.

Mirta.- Dios no habla. No tiene voz. Su voz son actos, y son actos que no podemos juzgar.

Don Ricardo se dirige de nuevo al pozo.

Ángel.- No tiene caso. No hay agua. La vara se equivocó.

Don Ricardo.- No. Yo siento el agua. De aquí salía el arco iris en plena sequía. Caminé entre las espinas para llegar al principio del arco iris. Ahí está. Me jala. Me invita. Quiere que la encuentre.

Ángel.- Mire, mire la tierra. Seca. Quema. Es como polvo de carbón encendido. Aquí nunca ha vivido el agua.

Don Ricardo.- Pero allá abajo es diferente. Huelo la humedad. Sé que hay agua. Hay un río caudaloso. Está ahí, lo oigo. Es un murmullo, un rezo. Sé que el río reza. Tiene una voz grave. Voz de algodón. Es un murmullo que hipnotiza.

Ángel.- Y si encontramos agua, ¿qué? ¿Quién va a ser el dueño? ¿Quién se va a quedar con las tierras?

Don Ricardo.- Aquí hay suficiente para todos.

Ángel.- ¿Quién me asegura que después no me va a desalojar? Los ricos siempre nos quieren chingar a los pobres.

Don Ricardo.- Tiene mi palabra.

Ángel.- En este país la palabra no vale.

Don Ricardo.- No se duda de la palabra de un Pavlovich.

Ángel.- Eso sería en su tiempo, ahora no vale nada.

Don Ricardo.- Pues firmamos un contrato.

Ángel.- No se puede. Usted no... Va a estar raro.

Don Ricardo.- Sí, supongo que tampoco mi firma vale.

Ángel.- Pues de plano no se va a poder.

Mirta.- Ay, hombres, siempre tan avorazados. Tan mezquinos.

Ángel.- ¿Y qué quieres que haga?

Mirta.- Lo que tengas que hacer.

Ángel.- ¿Pero qué?

Mirta.- Lo que tengas que hacer.

Ángel.- ¿Nos vamos o qué?

Mirta.- Haz lo que tengas que hacer, pero hazlo.

Ángel.- Mira pues, ya te enmulaste. ¡Que no ves que no se qué hacer!

Mirta.- ¡Vámonos! ¡Deja todo! Hay que salir de aquí antes de que pasen más cosas malas.

Don Ricardo.- ¿Se refiere a mí?

Ángel.- ¿Y él?

Don Ricardo.- Mi abuelo, cuando era un niño, tenía la ilusión de perderse en la nieve, y de encontrarse con una manada de lobos hambrientos y morir despedazado por ellos. Siempre creí que era una historia del viejo para asustarme. Me pregunto que animales merodean por estos parajes. ¿Aún quedan pumas? ¿Leones? ¿Osos?

Mirta.- No. Todos se fueron. Todo se va poco a poco. Un día de estos hasta la tierra se va a ir. Vamos a querer caminar y vamos a caer en un agujero bien hondo.

Ángel.- Entonces vamos a caer al agua. Porque debajo de esta pinchi tierra hay agua. Tiene que haber agua. Que me lleve el diablo si no encontramos un manantial.

Mirta.- Ave María Purísima, no digas esas cosas hombre.

Ángel.- Vamos a cavar entre los dos. Y cuando encontremos el agua pobre de usted si sale con sus cosas. Total, ahí está mi treinta treinta que no se raja.

Baja al pozo. Después de un tiempo la cuerda se tensa y vemos la señal de que hay que subir la tierra. Don Ricardo ayuda a subir el balde con la tierra y se inicia un penoso trabajar ante la mirada de Mirta.

III

Día o tarde. Días o semanas después. Mismo lugar. Una mayor cantidad de tierra al lado del pozo.

Día o tarde. Calor. Don Ricardo y Ángel están a un lado del balde de tierra. La observan.

Ángel.- Es diferente.

Don Ricardo.- Yo la veo igual.

Ángel.- Parece que es la misma pero es diferente.

Don Ricardo.- Está igual de seca.

Ángel.- No es eso. Es como más fina. Más liviana. Menos dura.

Don Ricardo.- Tal vez.

Ángel.- Nada de tal vez. Hasta sabe distinta. Pruebe.

Don Ricardo.- No es necesario.

Ángel.- No me cree, ¿verdad?

Don Ricardo.- Eso quisiera, pero han pasado tantos años.

Ángel.- Ya estamos cerca.

Don Ricardo.- Es la sequía. La misma perra sequía.

Ángel.- No hay que desesperarnos.

Don Ricardo.- Cuando llegó la sequía enloquecí. Me subía a la punta del cerro colorado a gritarle a las nubes que pasaban que dejaran caer unas cuantas gotas de agua. Nunca me hicieron caso. Mi familia se fue. Decidieron ir a la tierra de mis antepasados. Allá, al otro lado del mar, donde hay ciudades en medio del agua dulce. Desenterraron los huesos de los nuestros que estaban en un patio de la hacienda y salieron por el Camino Real. Antes de perderse en el sahuaral se detuvieron un rato. Empezaron a cantar las canciones de la familia. Me estaban llamando. Agarré los fierros y me vine hasta acá. A cavar el... mi tumba.
¿Si camino hacia allá, usted cree que aún los alcance?

Ángel.- No. Yo creo que ya no.

Don Ricardo.- Entonces hay que seguir escarbando.

Vuelve a entrar al pozo. En la cuerda está otra vez la señal. Continúa el trabajo, el trabajo rítmico. Entra Mirta. Trae en la mano una maleta. Ángel le observa. Mirta llega a donde está él y le da un beso amoroso.)

Mirta.- Son los hijos. Es por ellos. Los nietos quieren conocer las arrugas de la abuela.

Tu sabes que en todos estos años he sido una buena esposa. Te cuidé en los días en que el alcohol te comía la vida. Te bañé cuando bajaste del potrero con el brazo quebrado. Te pinté las canas cuando empezamos a ser viejos. Estas manos hicieron las tortillas que te comías por docenas. Eras tan tragón.

Ángel.- Soy.

Mirta.- Y estuve a tu lado en los tiempos de secas. Juntos le pusimos petróleo a las vacas que se morían de hambre. Juntos levantamos el bordo en la cañada para hacer el repeso que nunca tuvo agua. Ay Ángel, no creas que no me duele dejarte, pero soy mujer, y están mis hijos y mis nietos.

Ángel.- Si me quiero ir contigo.

Mirta.- Eres remalo pa' las mentiras. No te quieres ir y está bien. Esto es lo tuyo. Yo me voy unos días, al rato te vengo a buscar.

Ángel.- Si te tardas mucho solo vas a encontrar estos huesitos blancos al lado de este pinchi hoyo.

Mirta.- Ay, mi niño, siempre con tus cosas.

Inicia la salida. Se detiene. Lo ve. Comienza a cantar la canción "Un viejo amor". Don Ricardo sale.

Don Ricardo.- ¡Ahí está! ¡Ahí está!

Ángel.- ¡Agua! ¡Agua! (*Baja al pozo.*)

Don Ricardo.- ¡No! ¡Es peligroso!

Dentro del pozo se escuchan gritos. Ángel sale.

Ángel.- ¡Ahí! ¡Ahí viene!

Del pozo sale un personaje. Una gruesa barba cubre la mayor parte de su rostro.

Castillejo.- No temáis, que vengo en son de paz. Soy vuestro amigo y os compartiré una gran verdad. Por mi boca conoceréis del amor y sacrificio de vuestro señor Jesucristo. De mi mano recibiréis el agua bendita del bautismo. Os convertiré en fieles creyentes y de mi boca escucharéis las historias de Noé, de Caín y Abel, aprenderéis las enseñanzas de Moisés. Acercaos, acercaos que soy vuestro semejante, otro mortal hijo del señor. *(Pausa. Castillejo, así se apellida el personaje, observa a los otros.)* Y vosotros, ¿quiénes sois? ¿Habláis el castellano? ¿Son acaso asiáticos? ¿Sajones? ¿Sois piratas sajones? ¿Qué hacéis tan lejos de la mar? En nombre del Rey Carlos III y del Santo Padre que me han conferido el poder para catequizar estas tierras de Dios, os exijo una explicación.

Mirta.- ¡Otro!

Castillejo.- ¿Otro? ¿Habéis dicho otro? ¿Quién es el otro? ¿O los otros? ¿Dónde están? Aquí tengo la Cédula Real en donde se me nombra misionero de estas tierras. No puede haber otros. Nadie puede convertir a los indios desde el Arroyo Amarillo hasta el principio de la Sierra Pima. Esta es mi misión.

Mirta.- ¿Quién le explica?

Ángel.- *(Señala a Don Ricardo.)* Él, ya pasó por esto.

Don Ricardo.- ¿Usted cree que resista?

Mirta.- A usted no le afectó mucho.

Don Ricardo.- Pero es diferente, yo soy hombre de campo y él es un curita.

Castillejo.- ¿Qué murmuráis? De seguro pensáis dispararme con ese arcabuz para impedir que cumpla con la tarea que el Santo Patrono me encomendó.

Mirta.- ¿Santo Patrono?

Castillejo.- San Ignacio. El me ordenó, en medio de un sueño, que viniese a estas salvajes tierras a fundar la misión más grande de la Nueva España. Me dijo: “Buscad la tierra más seca, el lugar más alejado y funda una misión. Yo os indicaré el lugar de donde saldrá el agua para convertir ese desierto en el paraíso.”

Mirta.- Otro soñador. Dios los hace y ellos se juntan.

Castillejo.- Con mucho esfuerzo logré que mis superiores me mandaran a estas tierras tan alejadas de Dios. Se supone que ningún civilizado había llegado hasta acá.

Sólo mis arcabuceros y yo. ¿Qué habéis hecho con ellos?

Ángel.- Se fueron.

Castillejo.- ¿Huyeron?

Ángel.- Cuando llegamos, vimos a lo lejos, allá, por la cañada, unos hombres que huían.

Castillejo.- No los culpo. Pensaron que vosotros erais apaches. Han oído tan terribles historias que el miedo vive en sus venas.

Ángel.- Sí, hay gente muy miedosa.

Castillejo.- Y bien, ¿podéis explicarme quién sois?

Don Ricardo.- En mi caso va a ser difícil que lo pueda entender.

Mirta.- Yo soy Mirta. Su esposa.

Ángel.- Ángel, esposo de ella.

Castillejo.- ¿Sólo eso? Entiendo. Muy ingenioso. Hasta dónde es capaz de llegar.

Mirad que mandar espías. ¿A qué le teme? ¿No le basta con sus pueblos?

Don Ricardo.- ¿A quién?

Castillejo. Kino. Francisco Eusebio Kino. El italiano. Quiere toda la Nueva Vizcaya para el solo. Quiere toda la gloria. Pero es un falso misionero. Funda sus misiones en donde hay acequias generosas a flor de piel. Así es muy fácil. Aquí está la verdadera misión, en estas tierras inhóspitas. Y bien, ¿qué le vais a informar? ¿Vais a hacer burla de mi y de mis soldados?

Don Ricardo.- No somos espías de nadie. A ese señor ni lo conocemos.

Castillejo.- El octavo mandamiento ordena que no levantéis falsos testimonios. Os espera un infierno si continuáis llevando esa vida pecaminosa. A mi me espera una larga vida de trabajo una vez que encuentre el agua. (*Va a bajar al pozo.*)

Ángel.- Ahí no hay agua.

Castillejo.- ¡Mentís! ¡Todo es un engaño! En este lugar estaban las señales. Las bestias no quisieron moverse y relincharon. Sus patas movían la tierra buscando agua. Los animales no se equivocan. Dios les dio la intuición para sobrevivir. (*Intenta bajar.*)

Mirta.- Si sigue escarbando nomás va a desenterrar a otros.

Castillejo.- No me haréis desistir. (*Baja al pozo.*)

Ángel.- ¡Lo que faltaba!

Don Ricardo.- ¿Perdón?

Ángel.- Ahora resulta que voy a tener que ponerme de acuerdo con otro. Pinchi pozo, mejor lo voy a cegar. (*Comienza a echar tierra adentro.*)

Mirta.- Ángel, Ángel, por el amor de Dios, no ves que está un cristiano adentro.

Don Ricardo.- Pero qué hace hombre. ¡Deje eso!

Ángel.- Usted no se meta porque lo meto y también lo entierro.

Continúa tirando tierra. Se arrepiente.

Mirta.- Pobre hombre, pobres.

Don Ricardo.- Sí, pobre. Quien sabe cuántos años tiene ahí.

Mirta.- ¿Qué le vamos a decir?

Ángel.- Que se equivocó de siglo.

Mirta.- Te has vuelto un hombre muy duro.

Don Ricardo.- ¿Qué nos pasa en esa tierra que hace que vivamos tantos años? Miren mis manos. Son las mismas de hace más de cien años. Ni una arruga más. Es como si se hubiera detenido el tiempo.

Mirta.- Ese nunca se detiene. Es el amante más fiel de la muerte.

Don Ricardo.- Algo pasa en este lugar, con esta tierra. Está seca y sin embargo vive.

Debe de haber una explicación. ¿Y si abajo está la Fuente de la Juventud? Un río de agua mágica. La prueba de que Dios es grande. ¿Y si nosotros estamos llamados a ser los primeros inmortales?

Mirta.- Qué cosas dice hombre. Todos tenemos que morir. Unos más viejos, otros más locos, pero todos tenemos que morir, gracias a Dios.

IV

Mismo paraje. Calor. Atardecer, amanecer o mediodía. Más tierra fuera del pozo. Los hombres trabajan y Mirta solo observa.

Ángel.- Hasta un pueblo lleva su nombre. Ahí están sus restos, en medio de la plaza.

Uno puede ver sus huesos blancos como los de mis animalitos. Una vez que fui a la capital lo vi montado en un caballo. Es bien grande.

Castillejo.- ¿Y hay iglesias?

Mirta.- Muchas. Cristianas, aleluyas, mormonas, rosacruces, evangelistas... No sé como le hace Dios para entenderse con todos.

Castillejo.- ¿Cuántas misiones fundó Kino?

Mirta.- Ah, pues quien sabe. (*Don Ricardo sale del pozo.*)

Castillejo.- ¿Y de mí? ¿No habláis de mí? Felipe Castillejo y Rosas es mi nombre.

Ángel.- Yo sólo conozco al padre Durazo, fue él que nos casó y el que bautizó a los chamacos.

Castillejo.- (*A Don Ricardo.*) Vos, vos debéis haber oído alguna historia del jesuita Felipe Castillejo y Rosas. En vuestra época había menos sacerdotes.

Don Ricardo.- No. Nunca.

Castillejo.- Entonces, desaparecí y ya. Qué injusto es el ser humano, os olvidáis muy pronto de vuestros héroes. Dejé a los míos al otro lado del mar, viajé miles de leguas solo para llegar al olvido.

Don Ricardo.- Cuando ellos se detuvieron y empezaron a cantar las canciones de la familia, sentí que me estaban sepultando. Yo pensé que regresaría en cuanto encontrara agua, y que vería crecer a mis hijos.

Ángel.- (*A Mirta.*) ¿Sabes por qué quiero un manzano?

Mirta.- No quiero saber.

Ángel.- Para que me entierren a un lado de él y que las manzanas caigan sobre mi tumba. Cuando escuche el golpe en la tierra voy a acordarme de ti.

Mirta.- Me duele.

Castillejo.- Si encontramos agua esto será el paraíso. Los naturales serán como Adán y Eva. Desde aquí nacerá la nueva civilización.

Don Ricardo.- ¿Y Satanás? En todo paraíso hay un demonio.

Ángel.- Y un manzano.

Castillejo. Yo voy a estar aquí para protegeros. Yo cuidaré de las ovejas y os acercaré al señor.

Don Ricardo.- Cuando el valle sea próspero voy a ir a Europa, en alguna parte deben de andar los Pavlovich. Los voy a traer acá, a levantar de nuevo la hacienda.

Ángel.- Pues yo voy a ir al otro lado por mis hijos y los nietos. Mirta, ¿te imaginas a los buquis montando en los burros y ordeñando las vaquitas?

Mirta.- Aquí no hay nada qué hacer. Esta es una tierra muerta. *(Inicia la salida.)*
¿Vienes?

Don Ricardo.- Tiene razón. Será mejor que vaya con ella.

Ángel.- ¿Y ustedes?

Don Ricardo.- Vamos a seguir escarbando hasta que se nos acaben las fuerzas.

Castillejo.- Que pase lo que Dios quiera. Vosotros sois esposos. Tenéis una familia que os espera. Debéis estar juntos.

Castillejo baja al pozo. Lo sigue Don Ricardo. Ángel y Mirta permanecen en silencio.

Mirta.- Te cuidas. No dejes de lavarte el pelo con sábila, así lo vas a tener siempre brillante.

Ángel.- Ajá.

Mirta.- Nomás van a ser unos días.

Ángel.- Siempre fuiste mala pa' las mentiras.

Mirta.- Siempre has sido muy coyón pa' las despedidas.

Ángel.- Dale un beso a los hijos. Diles que todo esto es por ellos.

Mirta.- Lo sé.

Ángel.- Háblales a los nietos de su tata. Diles que soy fuerte y guapo. Como un galán de cine.

Mirta.- Para mi eres el más guapo.

Dentro del pozo se escuchan voces alteradas. La cuerda que sostiene el balde se mueve y éste baja al fondo del pozo. Se oyen risas y voces que poco a poco se acercan a la salida del pozo. Salen Don Ricardo Y Castillejo. Este último trae en las manos el balde con agua.

Don Ricardo.- Sabía que ahí estaba.

Castillejo.- Gracias señor. Gracias por vuestra misericordia. Fue una dura prueba pero una vez más aprendí la lección. No hay que dudar de vuestro poder infinito.

Don Ricardo.- Padre todopoderoso, te doy las gracias. Gracias.

Castillejo.- Parecía una roca pero en cuanto la golpee se hizo polvo y ahí estaba, ¡un río! Un río de agua cristalina. Agua fresca.

Don Ricardo.- Se oye como una canción. Se oye la voz del agua. Es un arrullo.

¡Vengan! ¡Escuchen!

Ángel y Mirta se acercan. Escuchan al pozo.

Mirta.- Eso no es un río. Es un animal.

Ángel.- ¡Son gruñidos! ¡Se acerca!

Del pozo se asoma un ser con un rostro feroz. Emite ruidos extraños. Gruñe y tiene una actitud amenazadora. Intenta salir del pozo pero se detiene y observa a los otros.

Castillejo.- ¡Un natural! ¡Salid! Salid hijo mío. No temáis que no os haré daño.

Don Ricardo.- ¡Cuidado! No entiende.

Castillejo.- La palabra del creador es universal. Salid hijo mío. Bienvenido seáis a esta tierra en donde os enseñaré las conductas de los hombres civilizados.

Ángel.- ¡Es un salvaje, no se acerque!

Castillejo.- Hijo, déjame hablarte del único Dios verdadero, del que creó el cielo, sus luces, su tierra, aves, animales y peces del mar; y el agua, árboles, plantas y frutos para el servicio y sustento del hombre Adán; que formó de la tierra, y le infundió anima, y a su consorte, Eva, que formó de su misma carne y costilla, ofreciéndoles el premio de la gloria, si le sirviesen y amasen, y cumpliesen sus justos preceptos; y castigándoles con el fuego eterno del infierno si le ofendiesen; y, por quebrantarlos, cayeron en desgracia, condenando todo el humano género, de cuyo tronco descendemos con el pecado original.

Ángel.- Todo se echó a perder por un manzano.

Don Ricardo.- Se está calmando. Ojalá haya más adentro para ponerlos a trabajar en la pizca del algodón o segando el trigo.

Castillejo.- Hijo, déjame hablaros de arca de Noé, del diluvio. (*Coge el balde con agua y comienza a ilustrar con el agua su narración.*) Fueron cuarenta días y cuarenta noches de intensa lluvia, el agua caía del cielo y los ríos crecieron. Los mares cubrieron los bosques...

El ser gruñe y hace aspavientos.

Ángel.- ¡Está enojado!

Don Ricardo.- ¡Cuidado!

Castillejo.- Es el agua.

Mirta.- Es su agua.

Castillejo.- Es una señal del señor. ¡Hay que bautizarle! Sacar los demonios que incuban en él.

Ángel.- Pero aquí no hay agua bendita.

Castillejo se acerca al balde y hace la señal de la cruz sobre él.

Castillejo.- Listo.

Ángel.- ¡Qué rápido! ¿Eso es todo?

Castillejo.- ¿Y qué más queréis? Decidme un nombre

Don Ricardo.- ¿Para qué?

Castillejo.- Hay que ponerle un nombre cristiano.

Ángel.- ¡Ricardo!

Don Ricardo.- ¡No! Ese es sólo para mis descendientes.

Ángel.- Pues entonces Francisco, como mi padre.

Castillejo.- ¡Ese nombre jamás! Se llamará Adán, Adán Ignacio. (*Coge el agua y se acerca al Ser.*) Yo, a la verdad, os bautizo con agua con el nombre de Adán Ignacio para vuestro arrepentimiento, pero el que viene detrás de mi es más poderoso que yo. Él os bautizará con el espíritu santo y fuego.

Castillejo echa agua sobre el ser, que inmediatamente sale del pozo. Trae una roca en sus manos. Golpea a Castillejo y se apodera del balde. Lo golpea repetidas veces en la cabeza. Don Ricardo interviene para proteger a Castillejo y también resulta muerto a manos del ser. Ángel y Mirta no intervienen. El ser los observa. Recoge el balde con agua y baja al pozo. Se escuchan sus gruñidos que se pierden en la profundidad. Ángel toma el rifle. Lo carga y apunta al fondo del pozo. Duda en disparar.

Mirta.- Ángel, es un cristiano.

Ángel.- ¡Pero los mató!

Mirta.- Pero es un cristiano.

Ángel.- Es un asesino.

Mirta.- Ya le rendirá cuentas a Dios.

Ángel sigue dudando en disparar. De pronto apunta al cielo y dispara.

Ángel.- ¡Ya muérete! ¡Muérete y llévate esta vida!

Dispara de nuevo al cielo.

Oscuro final.

Agosto del 2004

dramaturgiamexicana.com
obra protegida por INDAUTOR